

El Corresponsal de París
Hoja autógrafa diaria

Paris 3 de Junio de 1889.

Servicio de la prensa española

Redacc. y Admón.
17 y 19 rue Maubeuge
Paris.

Suplemento.

Sumario. - "Las visitas" (bocetos), por Fr. Slostench. =
"Un drama en tiempo de Catalina II" (continuación),
por el príncipe Lubomirski. = "A Laura" (inédito) por Ven-
tura de la Vega. = Miscelánea P.

Las visitas.

Nadie en el mundo desconocerá q^o las visitas son una necesidad social.

Pero aparte de esto, las visitas llenan el colmo de la paciencia, por más q^o en ellas se ponga mil veces de relieve la educación más exquisita. Y en cuantas ocasiones no aparecen con toda su fealdad la hipocresía más refinada o la adulación más hiperbólica?

En las visitas de cumplimiento es donde se muestra la persona más lejos de su centro.

En las palabras entrecortadas, en la sonrisa aparente o en la gravedad fingida, siempre hay un algo que estudiar que no nace del corazón.

El físico se esfuerza en demostrar aquello que el alma no siente; y un momento de duda, una distracción involuntaria, cambian la apariencia engañosa por la calma perfecta y lucidez de espíritu habituales del rostro.

Cuando alguna persona se propone hacer una de estas visitas, ha de acicalarse lo mejor posible, desprendiéndose de los encantos naturales, y ensayándose en el estudio de ciertos recortes y frases de artificio.

Si la visita es imprevista, a falta de recursos se apela al tiempo, a la atmósfera, a la limpieza o suciedad de las calles, en una palabra, a la gacetilla de los diarios.

En las visitas de confianza, existe ya otra desenvoltura en los individuos, e indistintamente se habla de todo sin entender de nada. Se sacan á colación los teatros, sus compañías y el desempeño de las obras ejecutadas por estas.

— La Fulana estuvo inimitable, — dice uno.

— No así la Zutana, que á su mala escuela dramática reúne una voz desagradable y una figura poco simpática, — replica otro.

Estas visitas tienen el único y exclusivo objeto de matar horas.

Así es que á muchos les sirve también de tema la vida privada de sus parientes, amigos ó vecinos.

De este modo se taladran fuertes tabiques, se abren puertas cerradas con llaves, se penetra en lo íntimo de la vida ajena, y... todo ¿para qué? Para poder decir:

— ¿Sabe V., doña Gertrudis, que don Andrés ha roto de una vez con Rosita?

— ¿Qué me cuenta V.! — contesta asombrada la señora.

— Lo que V. ha oído. ¡Ay, si! — continúa el primero —; ya referiré á V. los detalles de este desenlace, confiado en su prudencia y discreción.

— Diga V., diga V., y... viva V. Tranquilo respecto á mi silencio — dice doña Gertrudis, acercando cada vez más la silla hacia su interlocutor, y añadiendo: — ¡Ah! cuánto se alegrará mi vecinita! Ella, que fue objeto del mayor de los desaires. Figúrese V., dejar á una chica plantada después de tener la canastilla de novia, que buenas privaciones costó á sus padres; enterados todos los parientes y amigos de la casa, y señalado ya el día de la boda... Vámonos, si hay hombres que merecerían... Dios me contenga la lengua!... Me alegro q.º se haya deshecho ese enlace. Por supuesto, que ella le habrá despedido por cosa mejor.

— Por un oficial de ejército que está de remplazo, — manifiesta el joven.

— Bah! caprichos mujeriles. Pero, cómo se alegrará mi pobre y buena amiguita! — repite doña Gertrudis llena de gozo.

— Señora, pero ¿no me ha ofrecido V. el secreto?

— ¡Ay, si, no me acordaba! Dispense V. y continúe, que estoy ya impaciente por saber lo ocurrido.

Al llegar aquí, mi buen hombre le explica de cabo á rabo cuanto sabe (y cuanto no sabe) respecto al fracaso del proyectado casamiento.

Las mujeres son tan curiosas, q.º quieren saberlo todo, todo, apurando los más pequeños detalles para referirlo después sin faltar un punto ni una coma — más bien añadiendo algo de su cosecha — á sus parientes, amigos ó contertulios, en el silencio de una sala, donde todos son oídos, y bajito, muy bajito, para que nadie se entere.

(Se continuará)

F. Hostenchi.

Un drama en tiempo
de Catalina II.

(49.)

(Novela, por el príncipe Lubomirski.)

(Continuación)

- Vuestra pretension es absurda. S. M. os la perdonado
 - No admito semejante gracia.
 - ¡Ah! - repuso el gobernador - estais abusando de mi paciencia!
- En seguida se volvió hacia los soldados, y añadió:
- Ese hombre está en libertad; si no quiere abandonar la fortaleza, arrojadle de ella inmediatamente.
- Sin decir una palabra más se encaminó a sus habitaciones.
- ¡Libre! - exclamó Ladislao. - No sé qué hacer de esa libertad que me dais.
 - Caballero - dijo el oficial que mandaba el peloton de guardias - seguidme.
 - No quiero. Deseo permanecer aqui, sufrir con ella y morir a su lado.
 - ¡Echadle fuera! - ordenó el oficial. Ese hombre está loco.
- Ladislao quiso defenderse y suplicar; pero cuatro vigorosos soldados se apoderaron de él, le condujeron al exterior y le abandonaron.

Domanski se halló en las márgenes del Neva, al pie de la fortaleza cuyas puertas se habían cerrado después de su expulsión. No había estado nunca en San Petersburgo y, por lo tanto, no conocía la ciudad. Pero como no quería alejarse, se sentó al pie del muro y se echó a llorar como un niño.

De pronto experimentó un ligero dolor y levantó involuntariamente la cabeza. Desde una de las troneras, varios soldados se entretenían disparándole con una escopeta, pues habían recibido la orden de alejar al polaco sin hacerle daño.

Si hubiesen disparado formalmente contra él, Ladislao se habría expuesto a las balas; pero temía el ridículo, y se alejó.

Maquinalmente, y sin saber a donde iba, empezó a divagar por las márgenes del río. Al cabo de algunos minutos se halló a la entrada de un puente de barcos, que conducía a la otra orilla. Una hilera de palacios se presentó a sus ojos. Domanski resolvió atravesar el puente y entrar en San Petersburgo.

A pesar de la orden de abandonar la ciudad en el término

De dos días, quiso alquilar una habitación y acudir diariamente a dar un paseo por los alrededores de la fortaleza.

Eran las dos de la tarde y pocas personas atravesaban el puente. De pronto oyó Domanski el ruido de unos latigazos que le obligó a retirarse a la acera. Instintivamente examinó el carruaje, que era una magnífica carroza.

- El príncipe Radziwill...!; Orloff!... - exclamó Ladislao.

Corrió detrás del coche, el cual atravesó el puente y tomó el camino de Newsky, que ya en aquel tiempo era la principal arteria de San Petersburgo.

El carruaje se detuvo ante un palacio de suntuosa apariencia. Radziwill y Orloff bajaron. Ladislao intentó seguirles; pero un suizo con alabarda le impidió el paso.

Domanski insistió y dijo:

- Acabo de llegar de Polonia y es indispensable que vea inmediatamente al príncipe Radziwill.

El centinela contestó:

- Está bien: voy a preguntar al príncipe si consiente en recibirlo.

En aquella época los asuntos de Polonia estaban muy complicados. A cada instante había motines, y la guerra civil era casi permanente. Radziwill tenía interés en recibir noticias, porque era uno de los principales actores de aquella lucha de partidos. - Cuando le anunciaron la llegada de un mensajero de Polonia, estaba bebiendo una botella de vino de Austria en compañía de Alejandro Orloff. Levantose precipitadamente, y dijo:

- Hacedle entrar. Dispensadme, conde: vuelvo de instante.

Aquí os espero, - contestó Orloff. El rostro de Ladislao, que esperaba a Radziwill en su gabinete, se contrajo al aspecto del magnate. - ¿Qué noticias traéis? - El rey consiente en...

Domanski se acercó a él y preguntó:

- ¿Nuestra altera no me reconoce?

- ¿Cómo queréis que os reconozca, si estoy en relaciones con todos los polacos?

- Me llamo Ladislao Domanski, y hemos sido cómplices durante algún tiempo. Nuestra altera no puede haber olvidado ciertas cosas...

- ¿En ese caso, qué venís a hacer aquí? San Petersburgo no es un sitio seguro para vos, y, por lo tanto, os aconsejo que partáis sin pérdida de tiempo.

(Se continuará)

A Laura.

(inédito.)

Si el mirarme tal vez te causa enojos,
 Oh, Laura, no me mires en tu vida;
 Yo sabré, sin que nadie me lo impida,
 Mirarme en los cristales de tus ojos.
 Brote una frase de tus labios rojos
 Que de mi corazón rasque la herida;
 Mátame de una vez, que preferida
 Será siempre la muerte a tus antojos.
 Mas no espijas de mí, con calma inerte,
 Que yo mi vista de la tuya aparte,
 Que eso fuera agravar mi triste suerte.
 Déjame enamorado contemplarte,
 Que imposible es mirarte sin quererte,
 Y mucho más quererte y no mirarte.

— Ventura de la Vega.

Miscelánea.

+

Pensamientos:

"La franqueza no consiste en decir todo lo que se piensa,
 sino en pensar todo lo que se dice."

"El bien es la bondad, la ciencia y la moderación; el mal es la
 ignorancia, la pasión y los apetitos brutales, cosas todas que luchan en
 el hombre y que debe saber dominar a voluntad" — Marin.

"Toda acción q.^{ta} causa vergüenza cuando se acaba de comen-
 terla o cuando nos preparamos a hacerla, debe ser considerada
 por el hombre prudente como una mala acción." — Marin.

+ +

— Dígame V., don Cades, ¿qué le parece mi idea? Deseo crear
 un nuevo partido....

— Explíquese V., y....

— Un partido que no sea político

— Amigo mío, siento decirle que no tendrá adeptos.

— ¿Y por qué?

— Porque lo impolítico está reñido con la urbanidad y las
 buenas formas sociales.

X.

El Corresponsal de París
Hoja autógrafo diaria

Servicio de la prensa española

Redacción y Admón

77 rue Mauberge
París.

Año V.

Paris 3 de junio de 1889.

La situación.

El viaje emprendido por el presidente de la República al Pas-de-Calais se prosigue en medio de los mayores testimonios de simpatía que se prodigan al jefe del Estado en todas las poblaciones que atraviesa. Los periódicos de todas materias están unánimes en reconocerlo, distinguiéndose únicamente la prensa boulangista en negarlo a todo trance y en sostener, contra la verdad comprobada, que las poblaciones hasta ahora visitadas por Mr. Carnot permanecen indiferentes. Y como los boulangistas se han abstenido esta vez de manifestar sus opiniones en una forma más o menos risidosa, ante el paso del cortejo presidencial, la prensa de dicho grupo nos ha referido ^{como} el jefe de los boulangistas de Arras había preguntado a Londres cual era la conducta que convenía seguir en estas circunstancias, y como habiendo recibido por toda contestación la orden de moderar sus ardores, los boulangistas, con una disciplina admirable, disminuyeron sus ímpetus y dejaron pasar con la mayor indiferencia al jefe del Estado, sin hacer la más pequeña demostración. Por poco hubiesen añadido que gracias a dicha consigna, los boulangistas de Arras habían perdonado la vida al presidente y a todos los que le acompañaban.

Bien examinada la cosa, quisiéramos no dejaríamos de encontrar a semejante abstención otras más sólidas razones. Los habitantes del Pas-de-Calais han tenido ocasión de ver de cerca los trabajos del boulangismo (en el departamento del Norte), y el espectáculo de las agitaciones y de las luchas sangrientas a que ha dado origen la doble elección del general Boulanger en aquel punto no es el más apropiado, que diga más, para reducir a aquellas poblaciones laboriosas, tanto más, cuanto que ahora todas ellas deben agradecimiento a la República. En efecto, a los agricultores y a los fabricantes,

De azucar ella les ha dado recientemente leyes protectoras, que son en cierto modo verdaderas aberraciones económicas, pero que no dejaban de ser vivamente reclamadas en toda la región, y, para más añadir, diremos que el viaje del presidente de la República tiene por objeto la inauguración de nuevas importantes obras que, una vez terminadas, van a permitir al puerto de Calais luchar con mayores ventajas que ahora contra la competencia absorbente de los puertos de Bélgica.

La misma actitud de los diputados del Pas-de-Calais durante el viaje presidencial demuestra bien a las claras que el boulangismo no ha logrado echar en ellos profundas raíces. Sabido es que dicho departamento había asegurado la victoria a los reaccionarios a partir de las primeras elecciones generales de 1885. Desde entonces todos los diputados del departamento, excepción hecha de una minoría insignificante, han estado haciendo contra la República una guerra sin tregua ni cuartel, o, por mejor decir, una oposición sistemática. Dado este antecedente, era, pues, de creer que al acercarse las nuevas elecciones esos mismos diputados se apresurarían a reivindicar como un título de gloria cerca de los electores el hecho de haberse opuesto con todas sus fuerzas al funcionamiento de la República, encomiándoles al propio tiempo los méritos de las combinaciones diversas que, ya por medio de coaliciones, ya por la presentación del programa monárquico en contraposición al programa republicano, pueden provocar más o menos tarde el aniquilamiento de la República.

Nada de esto, sin embargo, ha ocurrido. Los diputados reaccionarios del Pas-de-Calais han ido, por el contrario, a tomar su sitio al lado del jefe del Estado en la recepción de la prefectura, y se han adherido de tal modo a su persona, ocasionalmente por lo menos, que Mr. Carnot los tiene constantemente cerca de él como si fueran en propia sombra. ¿Qué contestarán a esto los boulangistas?

Algunos han querido ver en el viaje de Mr. Carnot un viaje electoral. Con toda imparcialidad hemos de decir que por esta vez a lo menos, el reproche carece por completo de fundamento. De todos modos, y sin fijarnos en el alcance que en este sentido pueda tener el viaje presidencial, hay que confesar que, por la fuerza misma de las cosas y de las circunstancias, las preocupaciones electorales se imponen

a los espíritus y no es de extrañar que haya quien observe con cierto recelo que son precisamente los reaccionarios los que tratan de atravesar en provecho suyo la influencia del jefe del Estado y que, al juntarse a él en su visita a través del departamento, siguen exactamente la misma táctica que en 1845, empujando, como en aquellas memorables elecciones, por meterse en el bolsillo la bandera monárquica y por presentarse como indiferentes a las cuestiones constitucionales o, por mejor decir, como simples observadores.

Sobre esto dan hoy la voz de alerta los periódicos republicanos, excitando a los electores para que, aleccionados con el ejemplo de la actual legislatura, no vuelvan a caer cándidamente en la red que hoy, como en 1845, se les tiende por parte de los representantes y partidarios del antiguo régimen.

El plan de movilización italo-alemana. - Según los últimos telegramas recibidos de Berlín, han partido de aquella capital para Roma dos generales y varios subalternos que forman parte del gran estado-mayor alemán, con objeto de colaborar en la confección del nuevo plan de movilización del ejército italiano.

Esta noticia confirma completamente la que publicamos días atrás en este mismo sitio a propósito del convenio italo-alemán, del cual dijimos - refiriéndonos a un acreditado corresponsal - que comprende un artículo en cuya virtud Alemania impone a Italia la terminación inmediata de la red de los ferro-carriles estratégicos de los Alpes, y más particularmente los de la línea de Gouvi a Vintimille.

Tragedias en América. - Terrible catástrofe acaba de llenar de luto a los habitantes de varios estados de la América del Norte.

El mayor de los desastres se ha producido en Johnstown (Pensilvania) en donde un inmenso pantano de reserva de cerca cinco kilómetros de longitud por dos kilómetros y medio de anchura ha cedido bajo el peso de la enorme cantidad de agua que en ella había vertido una espantosa tromba formada precisamente en el río que la misma comprende.

A consecuencia de esa ruptura del depósito, formose un torrente de proporciones colosales, el cual se dirigió sobre la población con una violencia extraordinaria, barriendo todo lo

que encontró a su paso, absorbiendo, por decirlo así, barrios enteros y llevando a todas partes, con una rapidez vertiginosa, la destrucción y la muerte. — Segun los últimos telegramas de New-York, calculase que han debido perecer en esta espantosa catástrofe unas 1.500 personas.

Esto, en cuanto a la poblacion de Johnstown. — Luego vienen, como complemento, las siguientes noticias, que no son menos desconsoladoras.

En Tyrone la Juniata ha desbordado y ha inundado toda la parte sud de la ciudad. En Clearfield, la Susquehanna ha inundado tambien la villa, habiendose visto obligados los habitantes a buscar refugio en los locales del tribunal y del teatro.

La lluvia continua cayendo en dicha region, y las aguas, por consiguiente, no cesan de subir. La situacion se empeora por momentos en toda la longitud del camino de hierro de Pensylvania. — Una terrible ansiedad reinaba en New-York acerca de la suerte de aquellos infelices habitantes.

He aqui, textualmente, lo q.º dice el ultimo telegrama recibido por el cable:

"(New-York, 2.) Son aterradoras las noticias que se reciben relativas a la inundacion. Los pueblos de Southfork, Mineral, Point, Conewiangh y Woodville, que contaban en junto mas de 7000 habitantes, han desaparecido enteramente. Parece que el número de las personas que han perecido en estas localidades excede aun al de las victimas de Johnstown. Encuéntranse cadáveres por todas partes, hasta en las copas de los mismos árboles, donde quedaron después que las aguas se hubieron retirado."

¡Esta catástrofe, en realidad, no puede ser más espantosa!

El emperador Guillermo en Londres. — Segun telegrafian esta mañana de Londres, el emperador Guillermo no se detendrá en la capital en su próximo viaje a Inglaterra, a causa, dícese, de que su ilustre abuela la reina Victoria se ha negado obstinadamente a celebrar en Londres ninguna recepcion oficial. — Se ha obtenido el consentimiento para llevar a cabo una gran revista marítima; pero aun esto mismo ha costado no pocos esfuerzos.

A parte, pues, esta revista, el viaje del emperador de Alemania tendrá un carácter puramente privado.

Ultima hora (New-York, 3) Las inundaciones continúan en varios puntos. El Potomac ha desbordado en Washington. Los pequeños

(550) : 30/10 86125 = Juan : 2337150 = Parana : 53 = N. Y. : 380 = Zaragoza : 302150